

YANNIS RITSOS

SUEÑO DE
UN MEDIODÍA
DE VERANO

TRADUCCIÓN DEL GRIEGO
DE SELMA ANCIRA

BARCELONA 2023



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Όνειρο καλοκαιρινού μεσημεριού*

Publicado por

A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© by Herederos de Yannis Ritsos

© de la traducción, 2023 by Selma Ancira Berny

© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S. A.

Cubierta a partir de *Prado con amapolas* (1896), de Pál Szinyei Merse

ISBN: 978-84-19036-79-7

DEPÓSITO LEGAL: B. 18 590-2023

AIGUADEVIDRE *Gràfica*

QUADERNS CREMA *Composició*

ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

SUEÑO DE UN MEDIODÍA
DE VERANO

7

Nota de la traductora

57

Nos subimos a las alas de las golondrinas y fuimos a cortar flores en el cielo.

El viento de verano no tiene secretos para nosotros que caminamos descalzos sobre la hierba y hablamos con las cigarras el lenguaje del sol.

El fuego todo se consumió y se convirtió de nuevo en fuego.

Hacemos anillos de flores y nos desposamos con los árboles, con el aire, con el primer silencio.

Cada guijarro nos conoce como nosotros conocemos a cada una de las estrellas que duermen en el agua.

Por las tardes las acacias se asoman por nuestras ventanas y saltan a través del marco abierto, dejando olvidado en el jarrón un ramito florido.

De nuevo hemos traído hasta el gran cam-

po verde al alegre dios de los viñedos, de cuya barba gotean mostos y cuyos pies recuerdan al macho cabrío, pero cuya mirada es tan dulce y tierna como la mirada de Cristo.

Ayer, y antes de ayer, toda la noche intentamos contar las estrellas.

Y las estrellas son tantas como nuestro corazón y nuestro corazón es más que todas las estrellas.

Anoche los niños no durmieron. Habían encerrado un montón de cigarras en la cajita de los lápices y las cigarras cantaban bajo sus almohadas una canción que los niños conocían desde siempre, pero que olvidaban al despuntar el día.

Ranas doradas, sentadas en la punta de sus patitas y sin ver sus sombras en las aguas, parecían pequeñas esculturas de la soledad y el sosiego.

En ese momento la luna tropezó con los chopos y cayó en la espesa hierba.

Hubo un gran susurro entre las hojas.

Corrieron los niños, tomaron con sus manos regordetas la luna y toda la noche jugaron en el campo.

Ahora sus manos son doradas, sus pies dorados y en lugar de huellas dejan lunas pequeñas sobre la tierra húmeda.

Pero, afortunadamente, los adultos que saben mucho no ven demasiado.

Sólo las madres sospecharon algo.

Por eso los niños esconden sus doradas manitas en los bolsillos vacíos, para que no los regañe su mamá por haber jugado en secreto toda la noche con la luna.

Nadie sabe nada de nosotros cuando hablamos en voz muy baja al oído de una mariposa.

Nadie recuerda cómo conversó con el alba cuando las flores conocían su voz y los pájaros, llevando banderas y clarines, desfilaban como soldaditos de plomo por el sendero que esbozaba el primer rayo de luz.

Nosotros algo recordamos cuando la primavera abre las ventanas y sacude las sábanas del sueño en medio de la luz.

Por algún lado se vislumbra el mar.

El campo se acerca semejante a una verde tortuga que despierta.

Después, el campo se vuelve igual al campo y nosotros a niños que jugamos en el campo.

Trae el caballito de madera con su roja montura, perseguiremos de las aguas las sombras, hasta que la noche, con sus grandes mitos sobre el fuego de invierno, nos alcance.

No hace mucho que el sol todavía colgaba dorados flecos a las puertas del bosque.

Los arbustos se despojaban de sus delanteras verdes y se bañaban a escondidas en el río.

Al mediodía, mientras los adultos dormían, los niños salían de sus casas, se revolcaban en la hierba, mordían las hojas de los sauces y abrazaban a los árboles.

El bosque entero olía a mujer desnuda.

Grandes mariposas revelaban los secretos de la primavera, y las lagartijas con sus ojos color esmeralda abiertos de par en par, curiosas escuchaban a escondidas detrás de las piedras.

Nosotros no veíamos la cerca.

Le pedimos después a las grajillas que no le dijeran nada a nuestras madres sobre lo sucedido más allá de los árboles que chorreaban resina.

Hicimos de la cáscara de una nuez una carroza. Un carrete de hilo eran sus ruedas. La enganchamos a dos hormigas y la cargamos de tréboles.

No le digas a nadie a dónde vamos.

El eco del pozo escucha y las grutas repiten nuestra voz.

El sol quema las piedras y humean algunas chimeneas escondidas entre las blancas ciudades de la manzanilla.

Las nevatillas nos quitaron nuestros sombreros de paja y los llevan puestos.

Ahora, desde arriba, sentadas en el alto balcón de la morera, se burlan de nosotros. Y nosotros nos burlamos de las nevatillas.

Nos introducimos por la tapia encalada y descubrimos un sinfín de hierbas silvestres y cruces de madera y buscamos alhelíes campestres con que tejer coronas para los cabellos de las niñas.

El camino de aquí en adelante es recto, y los arrieros cantan la canción de la vendimia bajo el sol calcinante del mediodía.